

Psicobiología y educación en la Baja Edad Media: las edades del hombre en Vicente de Beauvais (1190-1264)¹

Psycho-Biology and Education in the Early Middle Ages: the Ages of Man in Vincent of Beauvais (1190-1264)

DOI: 10.4438/1988-592X-RE-2011-357-067

Javier Vergara Ciordia

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Departamento de Historia de la Educación y Educación Comparada. Madrid, España.

Resumen

Este trabajo tiene como objetivo analizar las relaciones entre salud y educación en la Baja Edad Media y, en particular, en la obra de Vicente de Beauvais, uno de los enciclopedistas más reputados –y sin embargo menos conocidos– del mundo medieval. Desde el punto de vista metodológico, la investigación se estructura en las seis etapas psicobiológicas que, desde Hipócrates y Galeno –y sobre todo por influjo de San Isidoro y la cultura árabe–, se reconocen como jalones del recorrido de la vida humana: infancia, puericia, adolescencia, juventud, senectud y ancianidad. Se trata de un recorrido que el siglo XIII planteó de una manera diferente a la tradición. Si hasta entonces era muy normal presentar al hombre como una entidad individual y social de naturaleza moral y trascendente, el nuevo siglo pasó a presentarlo como una unidad psicofísica de alma y cuerpo, enmarcada en una realidad natural y multiforme, creada por Dios para servir y actualizar todas las potencialidades de la naturaleza humana.

Se trata de un planteamiento, de orden más secular, que dio lugar a un notable naturalismo pedagógico hasta entonces desconocido y no exento de polémicas. Estas condujeron incluso

⁽¹⁾ Este trabajo ha sido posible gracias a las ayudas concedidas por el MEC, dentro del Plan Nacional de I + D (2008-2011), a un proyecto de investigación sobre traducción y estudio de fuentes pedagógicas medievales no traducidas a lengua castellana.

a la prohibición de su cultivo en sectores eclesiásticos debido a su carácter profano. Esto tuvo notables consecuencias: abrió el surco para que el Renacimiento tuviese en el naturalismo pedagógico uno de sus temas estrella. La investigación es pionera en el campo de la historiografía pedagógica hispana; se apoya en el estudio y análisis de fuentes latinas de sesgo naturalista -no traducidas a lengua castellana- y muy poco conocidas por los especialistas: *Speculum naturale*, *Speculum doctrinale* y *De eruditione filiorum regalium*. Todo ello pone de manifiesto que la psicobiología pedagógica tuvo en la Edad Media un punto de partida importante que la historiografía posterior ha ignorado en buena parte y que este artículo pretende reivindicar.

Palabras clave: psicología, biología, educación, salud, higiene, alimentación, naturalismo, Edad Media.

Abstract

The aim of this work is to analyse the relationship between medicine, health and education in the Middle Ages, especially in the work of Vincent of Beauvais, one of the most important encyclopaedists of the medieval world. From the methodological point of view, the research has been structured in six psycho-biological stages: infancy, boyhood, adolescence, youth, old age and decrepitude, which, since Hippocrates and Galen and particularly under the influence of St Isidore and Arabic culture, had been used to describe man's life cycle. In the 13th century a different and original approach was adopted. Man was not only an individual and social entity with a moral and transcendent nature but was a psycho-physical unit of body and soul, placed within a natural and multiform reality, created by God to serve and update all the potentials of human nature with a view to its final end.

A new, and more secular approach will give rise to an important pedagogic naturalism unknown until then, not without controversy and even leading to the prohibition of its cultivation in ecclesiastical sectors due to its profane nature. Nevertheless, the seed of this medieval pedagogic naturalism will grow in an important way in the Renaissance. The research is a pioneer in the field of Hispanic and European pedagogic historiography and is based on the study and analysis of Latin naturalist sources - not translated into Spanish - and very little known by the specialists: *Speculum naturale*, *Speculum doctrinale* and *De eruditione filiorum regalium*. All this reveals how in the Middle Ages pedagogic psycho-biology had an important starting point for the most part ignored in subsequent historiography, which this article seeks to restore to its rightful place.

Keywords: psychology, biology, education, health, hygiene, nourishment, naturalism, Middle Ages.

Salud y educación en la escolástica medieval

El renacimiento cultural que se produce en los siglos XII y XIII es una de las épocas más sugerentes del acontecer humano occidental. Constituye un marco de referencia, de sesgo más secular y autónomo, en el que empezó a cobrar fuerza inusitada la filosofía natural y todo aquello relacionado con la medicina, la salud y el bienestar de la vida. El motivo para este hecho tenía un trasfondo cultural y entitativo de primer orden. Los escolásticos, a diferencia de la tradición paleocristiana y altomedieval, tuvieron una concepción antropológico-cultural según la cual el hombre ya no se presentaba exclusivamente como una entidad individual y social de naturaleza moral y trascendente, sino como una unidad psicofísica de alma y cuerpo, que estaba enmarcada en una realidad natural, social y multiforme, creada por Dios para servir y actualizar todas las potencialidades de la naturaleza humana.

Esta idea ya se venía consolidando desde finales del siglo XI, gracias a dos fenómenos culturales de tremenda trascendencia: por un lado, la entrada en escena del llamado «nuevo Aristóteles», que significó la apuesta por una ciencia más inductiva y experimental; por otro, la asimilación progresiva de la filosofía natural y de la medicina greco-árabe, que penetró en Occidente por una doble vía: en primer lugar, por la salernitana, gracias a las traducciones y compilaciones de Constantino *el Africano*, especialmente la que hizo del *Liber Pantegni*, escrito por el médico persa del siglo X Ali ibn al-’Abbas; y, en segundo lugar, por la vía toledana, sobre todo a partir de 1187, año en que Gerardo Cremona tradujo el llamado *Corpus toletanus*, es decir, el *Libro de la ciencia* de Alfarabi (870-950), el *Canon medicinae* de Avicena (980-1037) y el *Liber ad Almansoren* de Rhazes (860-932).

Estas obras encontraron su acomodo en el inquieto naturalismo de la época y sirvieron de modelo a una cultura naturalista y sanitaria emergente que convirtió la salud en una de las mayores reivindicaciones de la Edad Media.² Pero ¿qué entendían los medievales por salud? Hablar de este concepto era hablar de la teoría humoral que, desde Hipócrates y Galeno, resumía la buena salud en el perfecto equilibrio de los cuatro humores del cuerpo: sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra. Estos líquidos, al igual que los cuatro elementos que constituyen la naturaleza (fuego, aire, agua y tierra), poseen dos naturalezas: la sangre es caliente y húmeda; la flema, fría y húmeda; la

² Cfr. SCHIPPERGES, H. *La medicina árabe en el medioevo latino*. Toledo: Real Academia de Bellas Artes, 1989; GIL SOTES, P.; *Regimen sanitatis ad regem aragonum*. En *Arnaldi de Villanova. Opera omnia*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1996, vol. X; JACQUART, D., MICHEAU, F. *La médecine arabe et l'occident médiéval*. París, 1990.

bilis amarilla, caliente y seca; y la bilis negra, fría y seca. De su combinación derivarían las compleciones o cualidades de los seres vivos: seca-húmeda, fría-caliente, húmeda-fría, etc.; y de su desequilibrio o desproporción, las enfermedades.

El saber escolástico contrarrestó esta situación desde dos frentes: en primer lugar, con el dominio y conocimiento experimental de las causas que producen la asimetría o descompensación humoral y, en segundo lugar, con el ejercicio de una terapéutica pedagógica centrada en el dominio de las llamadas *sex res non naturales*. Con esta expresión se designaba a seis categorías que, a juicio de los naturalistas escolásticos, eran externas al ser humano y de todo punto necesarias para la vida, a saber:

- La luz, el aire, la tierra y el agua.
- Las comidas y bebidas.
- El trabajo y el reposo.
- El sueño y la vigilia.
- Las excreciones y secreciones que englobaban todo lo relacionado con el baño, las relaciones sexuales, la flebotomía, el ejercicio físico, etc.
- Las disposiciones o estados del espíritu: alegría, enfado, tristeza, etc.

Estas *sex res non naturales* formaban parte de la vida del hombre y condicionaban de manera extrema su salud hasta el punto de que se constituyeron en el objeto primario de la medicina. Esta era una ciencia que para los medievales no se orientaba únicamente a apuntalar la salud física, no era un saber independiente ni constituía un fin en sí mismo. Su objetivo último era eminentemente pedagógico. Se trataba de buscar la armonía entre salud corporal y salud mental, la moderación de las pasiones o emociones, el afianzamiento del crecimiento, la conservación y el desarrollo de la persona... Todo ello para ayudar al hombre a alcanzar su fin último, a saber: la afirmación plena del espíritu o el reencuentro con el Creador.

Las edades del hombre y su dimensión pedagógica

El tema no era baladí. Cuando los medievales abordaron el tema de la salud lo presentaron ligado al desarrollo de las etapas psicobiológicas de la vida humana. Es una cuestión compleja y de tremendo calado que, *mutandis mutandis*, se concretó en

seis edades que, siguiendo a Hipócrates, asentó Isidoro de Sevilla: la infancia, hasta los 7 años; la niñez o *pueritia*, hasta los 14; la adolescencia, hasta los 28; la juventud, hasta los 50; la madurez o *gravitas*, hasta los 70; y, finalmente, la senectud o vejez, que por ser la última del ciclo vital no presentaba límites de edad.³ En el libro XII del *Speculum doctrinale*, Vicente de Beauvais reprodujo esta clasificación, con pequeñas matizaciones:

Por tanto la vida del hombre –dirá Vicente– se desliza hacia la muerte a través de seis edades. La primera es la infancia, más pura que las restantes, porque ni siquiera contrae corrupción por la boca, y se extiende hasta que pueda hablar. La segunda es la niñez, esto es desde el momento en el que el niño empieza a hablar [...] hasta los 14 años [...]. Se llama *puer* a partir de *puritate* [pureza], que, sin embargo, permanece hoy en poquísimos niños hasta el término establecido de la edad de la niñez porque la malicia ha sobrepasado a la naturaleza. La tercera es la adolescencia, que empieza en el año décimo cuarto y llega hasta el trigésimo [...]. La cuarta es la juventud [*robustus*], desde el año 30 al 50, pues entonces el hombre adquiere la robustez de la estatura tanto en longitud como en anchura [...]. La quinta es la vejez [*senectus*] desde el año 50 hasta el 70 o el 80 [...]. La sexta edad es la decrepitud, empieza a los 70 y llega hasta la muerte. A partir de ella el hombre va disminuyendo y decrece en el vigor de los sentidos y de la inteligencia y así poco a poco le falta la vida mortal.⁴

El tema de las etapas psicobiológicas no era una cuestión sencilla. Las muchas clasificaciones que la historia nos había brindado y las distintas concepciones que los autores tenían sobre ellas así lo atestiguan. Desde que en el siglo VI a.C. Pitágoras abrió la veda dividiendo la vida en cuatro etapas, según las estaciones del año, hasta que San Benito, en el siglo VI de nuestra era, la dividió en cinco períodos de quince años, la diversidad había sido la nota dominante.⁵ Fue San Isidoro quien, en buena medida, dispuso este *maremágnum* al reducir, siguiendo el derecho romano y el derecho canónico, la clasificación a las seis etapas citadas que el mundo medieval aceptó sin

³ Isidoro de Sevilla, *Etymolog.*, libro XI, cap. 2.

⁴ *Speculum doctrinale*, libro XII, cap. 173: «De homine et etatibus hominis».

⁵ La historiografía ha abordado con sumo interés el tema de las edades de la vida. Sin pretensiones de extensión, pueden verse ejemplos en: BURROW, J. A. *The Ages of Man. A study in Medieval Writing and Thought*. Oxford: Clarendon Press, 1986; SEARS, E. *The Ages of Man. Interpretations of the Life Cycle*. Princeton: Princeton University Press, 1986; METZ, R. «L' 'enfant dans le Droit Canonique Medieval» en *L' 'enfant, Recueils de la Société Jean Bodin*. vol. 2, 1976, 9-96; SHEEHAN, N. (Ed.). *Aging and Aged in Medieval Europe*. Toronto: Pontifical Institute of Mediaeval Studies, 1990.

problemas. Aun así, la complejidad no desapareció del todo. El propio dinamismo de las etapas, la posibilidad de considerarlas desde distintos puntos de vista y la dificultad de generalizar los criterios que las establecían planteaban cuestiones difíciles de resolver. Precisar la madurez jurídica o canónica fueron, por ejemplo, exponentes claros de un problema latente que la cultura medieval vivió con intensidad.⁶

Estas cuestiones o matices no empañaban, en cualquier caso, una idea común: la consideración del hombre como una unidad psicofísica de materia y espíritu, de cuerpo y alma, llamada a afirmar la naturaleza humana en su dimensión espiritual. Esta idea la retomaron con fuerza los escolásticos del siglo XIII, especialmente Vicente de Beauvais, quien afirmó que la restauración de la imagen divina en el hombre –fin último de la pedagogía escolástica– se dirimía en un recorrido vital de seis etapas que se sustentaban en la interacción de tres grandes variables: la dimensión psicofísica, la religioso-moral y la profesional o intelectual. Veamos a continuación cómo este dominico de primera hora planteó un proceso que marcó en buena medida el naturalismo pedagógico de la Baja Edad Media.

La infancia

Vicente abordó la dimensión pedagógica del *infans* o primera infancia en tres lugares de su obra: en los libros 28 y 31 del *Speculum naturale*, relacionados con la sexualidad, la fecundación y cuidados del recién nacido; en los libros XII, XIII y XIV del *Speculum doctrinale*, relacionados con el saber médico; y en diferentes aspectos del *De eruditione*. En los tres, se mostraba clara una idea: el infante se presentaba como una unidad de cuerpo y alma, de materia y espíritu, cuyos primeros años de vida se dirimían en una relación entre procesos fisiobiológicos y procesos pedagógicos con un marcado acento afectivo-sensitivo, sin que hubiera lugar para una pedagogía nocionista o reflexiva.

Desde el marco de este análisis, en el que prima un sesgo sensitivo de orden natural, nuestro polígrafo conformó todo un programa pedagógico dividido en tres fases, a saber: la fase previa al nacimiento, el período de lactancia y el comienzo del habla reflexiva.

⁶⁾ Véanse estos problemas en ORME, N, *From childhood to chivalry: the education of the English Kings and aristocracy: 1066-1530*. Londres: Methuen, 1984, 5-8.

La primera fase constituye un programa curioso y variopinto de eugenesia medieval, pretenciosamente científico, que descansaba en dos ideas básicas: la correcta elección de la esposa y la sabia procreación de los hijos.

Sobre el primero de los aspectos dice que la esposa tenía que ser una mujer joven, sana y fuerte para poder gestar, alumbrar y amamantar muchos hijos.⁷ Preferentemente, debía ser de la misma edad y estatura que el esposo, «para que en la actuación conyugal el desajuste en estos puntos no malogre las energías del otro o incluso impida el fruto del matrimonio».⁸ La mejor edad para casarse era la de los 13-15 años para las mujeres y la de los 16-18 para los hombres.⁹

El segundo de los aspectos, esto es, el de velar por la procreación, era una responsabilidad igualmente grave. En el deseo de descendencia se mezclaban muchos aspectos, desde el de continuar la especie, religioso y natural, siguiendo el mandato de «creced y multiplicaos» [Gn 1, 27-28], hasta el material y social de tener en los descendientes un seguro para la vejez. En definitiva, se trataba de salvaguardar un orden natural y social óptimo; algo que había de cuidarse incluso antes del nacimiento velando por la calidad de la especie. Vicente se recrea en ello y, con ayuda de Constantino *el Africano* y de Guillermo de Conches, da curiosos consejos eugenésicos en los que apunta que las mejores épocas para procrear son la primavera y el invierno porque aportan equilibrio y fortaleza al embrión; a este respecto, llega a apostillar que los vientos fríos y las regiones frescas favorecen la concepción de niños.¹⁰ Nuestro polígrafo concluye apuntando la importancia de no hacer uso del matrimonio tras largos ayunos, esfuerzos físicos importantes y después de las comidas por «retraer al organismo su energía», lo cual repercute en un embrión débil.¹¹

Tras el parto, sobre el que, curiosamente, aconseja que el padre esté presente,¹² se inicia la segunda fase pedagógica de la primera infancia. El cientifismo vuelve a ser la nota dominante de una fase que se inicia con la entrega del *infans* a la madre y en la que la lactancia y la primera alimentación concitan todo el interés pedagógico. Para Vicente, la leche materna es, en cierto modo, el principio y la base de la vida. Como buen hipocrático, sostiene que representa la simbología de la sangre; es una suerte de principio y cauce del carácter y del linaje.¹³ Por eso, la imposibilidad del amamantamiento es toda una dis-

⁽⁷⁾ *Speculum doctrinale*, libro XII, cap. 29.

⁽⁸⁾ *De eruditione filiorum*, cap. XLVII, 47, 7, 1.

⁽⁹⁾ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 6, cols. 2295-2296.

⁽¹⁰⁾ *Speculum naturale*, libro XXXI, caps. 33-34, cols. 2317-2319; caps. 37-38, cols. 2320-2321, cap. 43, cols. 2324-2325.

⁽¹¹⁾ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 6, cols. 2295-2296.

⁽¹²⁾ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 57, cols. 2335-2336.

⁽¹³⁾ *Speculum doctrinale*, libro XII, cap. 39, «De eligenda nutrice et eius regimine».

capacidad que la cultura medieval afrontó con largas reflexiones sobre la importancia de una nodriza óptima. Vicente –siguiendo a Rhazes– dice que en su elección se ha de tener muy presente que sea «de edad mediana, esto es, entre veinticinco y treinta años, cuando más se goza de juventud y de salud. Se considerarán, asimismo, su apariencia física, sus costumbres, la forma de sus senos, la calidad de su leche y el tiempo que haya pasado desde su último parto».¹⁴

Cuando lleguen los dos años, y con ellos la dentición y los primeros alimentos sólidos, se debe retirar el pecho de la madre y se debe dar al infante leche de vaca azucarada, que es lo más parecido a la leche materna, para que no extrañe el cambio.¹⁵ Y, si con ello se manifestaban síntomas de estreñimiento o de diarrea, la mezcla debía ser sustituida por jarabe de fruta con un contenido elevado de agua.¹⁶ Vicente concluye que es bueno que en los primeros alimentos sólidos haya pan mojado en un vino mezclado con leche o agua para suavizar la ingestión.¹⁷

La tercera fase pedagógica de la primera infancia se inicia al terminar la lactancia, en torno a los dos años y medio o tres. Como si de un sabio árabe redivivo se tratara, comenzó la educación infantil por el primer referente de la *sex res non naturales*: la dieta, algo que ya no abandonará en ninguna de sus reflexiones naturalistas, pues en ella ve la base de la salud. «Una vez haya acabado la lactancia –dice–, al niño se le tendrán que prohibir las comidas y los dulces en abundancia, y, de la misma manera, no podrá consumir productos haríneos y grasos, ni podrá beber agua turbia, que predispone a cálculos. Tampoco se le habrá de acostumbrar al consumo de vino, porque le aumentará el calor y la humedad del cuerpo, propias de la complexión infantil. Solo se les podrá dar vino en cantidades módicas, para que les ayude a orinar, les reduzca la sensación de saciedad y les calme la sensación de sequedad que da el comer».¹⁸

Evitar las impresiones fuertes para sembrar equilibrio emocional es otra preocupación grave de la madre. Los cuentos y relatos de fantasías son una más de sus obligaciones; debe proponer largos sueños y evitar que el infante duerma a plena luz o con luces intensas; le debe mostrar colores vivos para despertar su sensibilidad y le ha de cantar canciones suaves y en voz baja (*dulcibus cantilenis*).¹⁹

La programación de la primera infancia concluye prestando especial atención al juego y a la higiene. Vicente indica –siempre siguiendo a Avicena y Rhazes– que el día

⁽¹⁴⁾ *Speculum doctrinale*, libro XII, cap. 29, «De eligenda nutrice».

⁽¹⁵⁾ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 54, col. 2337.

⁽¹⁶⁾ *Speculum doctrinale*, libro XII, cap. 30, «De ablactatione infantis».

⁽¹⁷⁾ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 60, cols. 2337-2338.

⁽¹⁸⁾ *Speculum doctrinale*, libro XII, cap. 31, «De regimine puerorum».

⁽¹⁹⁾ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 60, col. 2338.

debe comenzar con un baño inmediatamente después de despertar; a continuación, recomienda una hora de juego antes del desayuno, dedicar el resto de la mañana a jugar y bañarse antes de la comida.²⁰ En definitiva, estamos ante todo un programa educativo, pretendidamente científico, en el que el correcto desarrollo fisiobiológico, apoyado en una alimentación, higiene y estabilidad emocional adecuadas, debía garantizar el crecimiento natural y preparar para nuevas empresas pedagógicas.

La puericia

El segundo estadio vital que analiza Vicente es la puericia. Este término está etimológicamente cargado con una fuerte intencionalidad pedagógica. Al igual que San Isidoro, Vicente dice que *puericia* tiene su raíz en la palabra *puer* y que esta procede a su vez de *puritate*, que significa 'ingenuidad', 'pureza', 'sencillez'. Estas son expresiones que definen mejor que ninguna otra ese estadio de la vida, que habitualmente no está manchado por pecado grave, y que se extiende desde el comienzo articulado del habla²¹ –a los cuatro o cinco años– hasta los catorce años. Es un tiempo ideal para que el alma, por disposición natural, empiece ya a pensarse a sí misma, a tomar conciencia de los primeros principios y, sobre todo, a sembrar y cultivar en ella hábitos pedagógicos de orden físico, moral, intelectual y trascendente.

Esta apuesta por la educación temprana es una de las principales convicciones de nuestro polígrafo. Para justificar su pertinencia, emplea diversos argumentos de autoridad. Unos son de orden natural; así, con Quintiliano, dice: «el hombre debe ser educado sobre todo en esa edad que no sabe fingir y que cede facilísimamente a sus preceptores, pues rompes antes de poderlo enderezar lo que está anquilosado en una posición desviada».²² Y con una reflexión filosófico-poética, extraída de fuentes bíblicas, concluye: «los días del hombre son contados [Jb, 14, 5], nos aguardan grandes acontecimientos, estamos llamados a grandes empresas, estamos inmersos en medio de peligros sin fin, la meta está lejos y andamos muy despacio. Por eso, en la mañana de la niñez, que es el principio del día de esta vida, es necesario que emprendamos nuestro camino hacia el paraíso, para no ser quizá excluidos con las vírgenes necias; pues, por prepararse tarde, llegaron tarde a las bodas y fueron excluidas, como se lee en Mateo, 23, 1-12».²³

⁽²⁰⁾ *Speculum doctrinale*, libro XII, cap. 31, «De regimine puerorum».

⁽²¹⁾ *Speculum doctrinale*, libro XII, cap. 173, «De homine et etatibus hominis».

⁽²²⁾ *De eruditione*, cap. 1, 11. *De Oratoria institutione*, libro 1.

⁽²³⁾ *De eruditione*, cap. XXIV, 11, 99, 3.

Vicente cifró el desarrollo de esta educación en la actualización progresiva de cinco áreas: la conformación del carácter, la relación entre la salud y la alimentación, el ejercicio físico moderado, el cultivo de virtudes religioso-morales y el inicio de la formación intelectual. La conformación del carácter era un frente relativamente novedoso que articuló siguiendo al pie de la letra la teoría hipocrático-galénica sobre los humores. Según la tradición, el temperamento o carácter no dependía exclusivamente del 'fondo endotímico' de la persona, es decir, no era algo puramente biológico y que estuviese determinado, sino que estaba en relación con la educación moral, habida cuenta de la influencia directa de esta en el equilibrio humoral. Este es un tema que llevó a los escolásticos a pensar que la voluntad es uno de los elementos determinantes del carácter personal.

En cuanto al cuidado de los niños [dice Vicente] se ha de poner todo el empeño en el entrenamiento y perfeccionamiento de sus hábitos, esto es, que no experimenten sentimientos como la ira desmesurada, el miedo exagerado, la tristeza, o bien el insomnio. Las ventajas de dicho método son de dos tipos: por un lado, de orden moral, porque se aseguran, ya desde la niñez, la asimilación de los buenos hábitos y su constante práctica; por otro, de orden físico, puesto que los malos hábitos, una vez adquiridos, generan trastornos temperamentales. Por ejemplo, la ira caliente sobremanera, la tristeza provoca sequedad, la pereza da rienda suelta a los instintos más animálicos y predispone a un temperamento flemático. La salud del cuerpo y, al mismo tiempo, del alma consiste en la sobriedad moral.²⁴

Muy relacionado con esta idea está el segundo de los cauces pedagógicos de la puericia: la dieta. Es un concepto amplio que, en la cultura escolástica, significaba usar ordenadamente las *sex res non naturales*: comida, bebida, higiene, ejercicio físico, hidrología, etc.,²⁵ y que en su acepción restringida de alimentación tiene considerable influencia en la salud o en el equilibrio humoral. Vicente, de acuerdo con Rhazes, dice:

En el caso de que un niño padeciera enfermedades, y sobre todo estreñimiento o diarrea, no se le ha de proporcionar medicación alguna, sino que se le han

²⁴) *Speculum doctrinale*, libro XII, cap. 31, «De regimine puerorum».

²⁵) Arnau de Vilanova, en *De consideracionibus operis medicinae*, le daba ese sentido y Johannes Rosempusch dice expresamente: «dieta es la aplicación debida y el conveniente uso de las seis cosas no naturales». Cfr. GIL SOTES, P. «Regimen sanitatis ad regem aragonum», *op. cit.*, 646.

de administrar semillas escarificadas y, respectivamente, jarabe de fruta con un alto contenido de agua. Además, no deben consumirse, en exceso, productos a base de miel o de frutas, ya que podrían contraer muchas enfermedades. De la misma manera que no se les deje beber leche ni comer queso o cualquier otro alimento graso, para evitar la formación de cálculos vesiculares. Sin embargo, que se les dé pepitas de melón con azúcar, porque su ingestión estimula el buen funcionamiento del aparato urinario y, por tanto, impide que se formen cálculos. Asimismo, que no se les permita comer hasta la saciedad ni que vuelvan a comer antes de que haya finalizado la digestión.²⁶

El tercero de los pilares pedagógicos de la segunda infancia es otro de los elementos básicos de la *sex res non naturales*: el ejercicio físico. El naturalismo escolástico prestó especial atención a este tema. Rhazes afirmaba: «quien quiera conservarse sano, antes de comer es necesario que se mueva».²⁷ Similar es la apreciación de Bernardo de Gordón: «el ejercicio es una de las cosas mejores que pueden aplicarse al cuerpo humano, en el régimen de su salud y en la prolongación de la vida».²⁸ Pero ¿qué entendieron los medievales por ejercicio físico? Sus respuestas fueron diversas, aunque los *regimina sanitatis* de la época y de la medicina árabe en particular lo entendían desde una doble perspectiva: por un lado, como un movimiento voluntario que conllevaba esfuerzos notables, acompañados de una respiración profunda, intensa y rápida; por otro, como un ejercicio adecuado y proporcionado al sujeto que lo realiza.²⁹

Este último matiz fue clave para Vicente de Beauvais. Él era ante todo un hombre de iglesia, tamizado por una ascendencia monacal manifiesta, que buscaba llevar almas a Dios desde el marco de una pedagogía clerical, moral e intelectual. En ella no había apenas lugar para ejercicios profanos propios del mundo secular y cortesano, como la equitación, la lucha, el manejo de armas, el baile, las carreras, los ejercicios físicos duros, etc. Su pedagogía se enfocaba a afirmar el espíritu y este era un fin en el que no cabía precisamente el ejercicio físico profano. Sus exigencias de esfuerzo e intensidad notables producían justamente el efecto contrario: ahuyentar el espíritu. Ante tales consideraciones, el ejercicio físico apenas fue considerado pertinente por los hombres de iglesia. Cuando Vicente trató el tema, lo abordó de manera tangencial

⁽²⁶⁾ *Speculum doctrinale*, libro XII, cap. 31, «De regimine puerorum».

⁽²⁷⁾ Rhazes, *Ad Almansoren, Opera exquisitoria*, IV, cap. 2.

⁽²⁸⁾ Bernard de Gordon, *Regimen sanitatis*, cap. 7.

⁽²⁹⁾ Cfr. GIL SOTES, P. «Regimen sanitatis ad regem aragonum», *op. cit.*, 606-607.

y se limitó a decir que debía comenzarse a hacer ejercicio antes de los 12 años, y que estaba especialmente indicado para niños llamados a ser arquitectos o albañiles.³⁰

En el cuarto frente educativo de la puericia, Vicente deja de lado el naturalismo pedagógico para retomar uno de los elementos clásicos de la sistemática pedagógica: la formación religioso-moral. Esta era una recurrente y grave obligación de los padres que nuestro dominico sancionó con la autoridad de las citas bíblicas. Con Efesios, 4, 4, sostiene: «y vosotros, padres, criad a vuestros hijos en la disciplina y en la enseñanza del Señor»;³¹ con Tobías, 1, 9-10, recalca: «desde su infancia enseñale a temer a Dios y a abstenerse de todo pecado»³² y con Proverbios, 19, 18, concluye: «Forma a tu hijo y no desesperes de que no pueda ser formado en el camino de la fe y las costumbres».³³ Todos estos argumentos obedecen a razones prácticas de índole natural. Para nuestro polígrafo, el alma del niño se presenta como tabla rasa en la que se han de grabar de forma indeleble los primeros principios. Por eso, con el capítulo xxiv del *De eruditione*, sentencia que la religión y la moral, cultivadas desde la infancia, posibilitan una larga y fecunda convivencia con el bien y anclan al *puer* en la sabiduría perfecta y duradera.³⁴

Estas ideas encierran un trasfondo pedagógico de primera magnitud al que Vicente difícilmente pudo sustraerse. La educación moral era considerada la fuerza llamada a dejar expedito el camino para la afirmación del espíritu. La gracia o educación religiosa era todavía más importante. Su misión consistía en elevar el alma a la intimidad de Dios. Así pues, se trataba de completar la fuerza que le faltaba a la educación moral para pasar de un plano natural a otro sobrenatural. Por eso, para los escolásticos, la educación o era una formación en virtudes morales y religiosas o realmente carecía de sentido.

El último pilar que cierra el armazón pedagógico de la puericia lo conforman pequeñas referencias al inicio progresivo de la formación intelectual. Es un desiderátum -en principio extensible a todos los fieles, pero especialmente exigible a príncipes y nobles-,³⁵ que Vicente quiso hacer efectivo no antes de los seis años, edad en la que la consolidación del pensamiento lógico permitía ya que el *puer* tuviese un maestro que le enseñase de manera gradual. Eso sí, matiza expresamente que no era necesario acudir diariamente a recibir lecciones.³⁶ A partir, sin embargo, de los 12 años,

⁽³⁰⁾ *Speculum doctrinale*, libro xii, cap. 31, «De regimine puerorum».

⁽³¹⁾ *De eruditione*, cap. xxiii, 94.

⁽³²⁾ *De eruditione*, cap. xxiii, 94.

⁽³³⁾ *De eruditione*, cap. xxv, 107b.

⁽³⁴⁾ *De eruditione*, cap. xxiv, 99, 2.

⁽³⁵⁾ *De eruditione*, cap. i, 6.

⁽³⁶⁾ *Speculum doctrinale*, libro xii, cap. 31, «De regimine puerorum».

con el despertar del pensamiento abstractivo, la formación debía adquirir rango de sistematicidad y orden. A esa edad comenzaría el *trivium* al que seguiría el *quadrivium* pero ya en la adolescencia. Los contenidos de estos aprendizajes los compendió Vicente en sendos capítulos del *Speculum naturale, doctrinale e historiale* y constituyen la *enkyklios paideia* más importante de la Edad Media.

La adolescencia

La tercera edad de la vida, quizá la más problemática, es la adolescencia. Una etapa que «empieza en el año décimo cuarto y llega hasta el trigésimo»³⁷ y que Vicente abordó en tres puntos muy concretos de su obra: los capítulos 82 y 83 del libro xxxi del *Speculum naturale*, en el capítulo 32 del libro xii del *Speculum doctrinale* y en los capítulos 35 y 36 del *De eruditione filiorum nobilium*.

Pedagógicamente, es el momento óptimo para afianzar los cimientos educativos que sostendrán el edificio de la vida. Se trata de una época en la que el *puer* abandona la niñez, la ingenuidad y el cuidado de la madre para pasar a una etapa vital de fuerza, de pasión y poder, bajo el cuidado atento del padre y de otros mayores.³⁸ Estos constituyen referentes que no solo representaban la causa ejemplar de su educación sino su mejor elemento de socialización y progreso. Con Cicerón recalca: «Con la mayor facilidad se conocen para lo mejor a los adolescentes que se ofrecieron a los sabios, a los hombres ilustres y que miran bien por el Estado. Si frecuentan a estos, aportan al pueblo la opinión de que serán semejantes a aquellos que eligieron para imitar».³⁹

Son estas frases vehementes que ponen de manifiesto la confianza inusitada en la influencia ejemplar de los mayores a la vez que denuncian de manera implícita una desconfianza notable hacia el poder autoeducativo de la adolescencia. Una idea muy común de la tradición veterotestamentaria, estoica y medieval de la que Vicente fue un claro exponente. Con San Ambrosio, en el *De Interpellatione*, dice: «La niñez tiene como propia la inocencia, la ancianidad la prudencia, la madurez la vergüenza de delinquir. Solo la adolescencia es débil de fuerzas, insegura en sus decisiones, ardiente con el vicio, fastidiosa a los preceptores, seductora con sus encantos».⁴⁰

³⁷⁾ *Speculum doctrinale*, libro xii, cap. 173, «De homine et etatibus hominis».

³⁸⁾ *Speculum naturale*, libro xxxi, caps. 79-80, cols. 2352-2355.

³⁹⁾ *Speculum naturale*, libro xxxi, cap. 83, col. 2357. CICERÓN, *De officiis*.

⁴⁰⁾ *De eruditione*, cap. xxxvi, 5. AMBROSIO, *De interpellatione*, I, 7, 21: PL 14, 806B (633).

Una visión pesimista que Vicente tornó en esperanza con el auxilio regenerador de la educación moral y la fuerza restauradora de la gracia. Parafraseando a San Agustín, sentencia:

Si ciertamente los adolescentes no están robustecidos con la costumbre de las victorias, son vencidos más fácilmente y ceden. Pero si están acostumbrados a vencer y a mandar, son superados con una dificultad trabajosa. Muy pocos tienen una facilidad tan grande que desde el principio mismo de la adolescencia no cometen ningún pecado condenable, sino que por una largueza grande del espíritu reprimen todo lo que en ellos puede ser dominado en el deleite carnal. Pero muchos, al ser vencidos por los vicios dominantes y convertidos en prevaricadores de la ley, se refugian en la gracia ayudadora con la que se hacen súbditos de Dios como antes por la amarga penitencia y vencedores por medio de una lucha más fuerte, anteponiendo la mente a la carne.⁴¹

Con estas convicciones, nuestro dominico cifró las posibilidades pedagógicas de la adolescencia en los tres marcos asentados por la tradición y el emergente naturalismo de la época: la salud corporal, la educación religioso-moral y la atención intelectual. La primera se demandaba con especial hincapié debido a los muchos peligros que conlleva la adolescencia y las muchas imprudencias que en ella se cometían. Así, junto a San Isidoro, dice: «En la edad de la adolescencia y de la juventud debe prestarse la máxima atención [...] a la salud del cuerpo [...]. Lo que protege o restaura la salud es precisamente la medicina. A ella pertenece no solo lo que enseña dicha ciencia, sino también el alimento, la bebida, el vestido y toda defensa por la que es conservado nuestro cuerpo contra los golpes externos».⁴² Es una llamada al uso de las *sex res non naturales* de acuerdo con las cuales, al ya consabido ejercicio moderado, a la alimentación equilibrada y a la higiene se añadió la práctica con laxantes o sangrías como una forma más de mantener la salud o equilibrio humoral.

Es necesario [dice Vicente] que [los adolescentes] hagan un ejercicio moderado y habitual y que no se expongan mucho al calor del sol. Tienen que bañarse en un agua templada y en el verano en agua fría, dulce y suave. Por tanto tienen que evitar los alimentos que producen calor porque dan origen a la cólera o

⁽⁴¹⁾ *Speculum naturale*, libro xxxi, cap. 82, «De adolescentia et iuventute et earum lubricitate».

⁽⁴²⁾ *Speculum naturale*, libro xxxi, cap. 85, «De incolumitate», col. 2358.

bilis, entre otros, cebollas, mostaza y similares. Deben tomar alimentos según lo que cada uno pueda digerir y de acuerdo con la medida de su costumbre. Tomen alimentos fríos, como peces frescos, carnes de cabritos cocidas con condimentos fríos y acostúmbrense a los frutos como granadas, melocotones y otros así, puesto que su complejión es connatural con esos frutos. Beban vino pero no mucho si es nuevo y el viejo no mezclado con agua fría. No soporten mucho el hambre, pues reconforta el calor y aumenta la bilis. Acostumbren los cuerpos a las sangrías y a los laxantes, sobre todo en primavera. Su régimen tiene que acomodarse a lo que conviene a su complejión natural y según las cuatro estaciones del año.⁴³

El segundo frente que sustenta la virtualidad pedagógica de la adolescencia es la dimensión religioso-moral. Este referente, que en la puericia se había planteado como siembra y preparación de futuros procesos pedagógicos, se esboza en la adolescencia como una necesidad ineludible de una etapa marcada por su debilidad moral. Vicente trató con énfasis la necesidad de esta recurrencia en los capítulos 35 y 36 del *De eruditione*, en los cuales, a los tres males que presidían la adolescencia (a saber, la pusilanimidad, la lujuria y la lascivia), se oponían tres virtudes: la humildad, que vence a la animosidad;⁴⁴ el pudor, que se opone a la impureza⁴⁵ y la templanza, que frena la lascivia.⁴⁶

Se trata de una pugna dura y difícil que indudablemente no podía superarse con las solas fuerzas de la virtud moral. Para los escolásticos, era imposible, desde un punto de vista radical y metafísico, pasar de un plano natural a otro sobrenatural únicamente con las fuerzas de la voluntad humana. La cultura escolástica resolvió este problema engarzando con brillantez la virtud moral en la fuerza transformadora de la gracia. El propio Vicente ratificó esta solución cuando afirma, de acuerdo con la *Ciudad de Dios* de San Agustín: «Los vicios deben considerarse vencidos solamente cuando lo son por el amor de Dios, amor que no da sino el mismo Dios por el Mediador entre Dios y los hombres, [Jesucristo], que se hizo partícipe de nuestra mortalidad para hacernos partícipes de su divinidad».⁴⁷

⁽⁴³⁾ *Speculum doctrinale*, libro XII, cap. 32, «De regimine adolescentium».

⁽⁴⁴⁾ *De eruditione*, cap. XXXV, 2, 1.

⁽⁴⁵⁾ *De eruditione*, cap. XXXVI, 8, 1-2.

⁽⁴⁶⁾ *De eruditione*, cap. XXXV, 3.

⁽⁴⁷⁾ *De eruditione*, cap. XXXV, 3, 2. SAN AGUSTÍN, *De Civitate Dei*, XXI, 16: PL 41, 73.

El último de los pilares que sostiene la educación pedagógica de la adolescencia se centra en el poder transformador de la formación intelectual. Vicente es un escolástico que tiene el prurito del misticismo racionalista de su tiempo. Para él, el entendimiento representa el ornato más bello del alma, posibilita conocer la esencia de las cosas y, sobre todo, nos acerca a Dios porque nos permite conocer su voluntad objetivada en la multiplicidad formal de la creación. Esta es una idea de tremendo calado que convertirá la naturaleza en un icono gnosológico y pedagógico de primera magnitud. Las formas particulares de la naturaleza se presentaban no solo como realidades entitativas y singulares que podían explicar y dar sentido a la existencia secular, sino como el contenido óptimo y necesario para el perfeccionamiento y la restauración de la naturaleza humana. Estas ideas llevaron a Vicente de Beauvais a afirmar que la restauración espiritual del hombre se operaba por la ciencia o por la doctrina lograda mediante el conocimiento de la refracción catóptrica,⁴⁸ cuya expresión más acabada será su *Speculum maius*, publicado entre 1245 y 1257.

La juventud

Pasadas las dificultades y pesimismo de la adolescencia, Vicente nos adentra en la cuarta edad del hombre: la juventud. A diferencia de la anterior, es un período positivo y gratificante desde el punto de vista humano, que se extiende desde los 30 a los 50 años,⁴⁹ y en el que se dan cita un conjunto de caracteres y rasgos psicofísicos muy diversos. Unos son herencia de una adolescencia tardía, otros son propios de la juventud o madurez y algunos incluso parecen adelantar características de una senectud que está todavía por llegar.⁵⁰

Esta contingencia no enmascaró la especificidad de unos rasgos psicofísicos y pedagógicos que Vicente concentra en tres lugares concretos de su obra: en los capítulos 39 y 40 del *De eruditione*, relativos a la educación moral de los jóvenes; en el capítulo 31 del *Speculum naturale*, que se centra en la dimensión psicofísica de la *virilitas*, y en diferentes capítulos de los libros 13, 14 y 15 del *Speculum doctrinale*, referidos a la salud. En todos ellos, aflora con nitidez una idea clara: estamos ante una etapa que se define por la fuerza, la virilidad, el vigor y la plenitud. «El que llega a la edad viril –dice Vicente– debe ser consecuente y distinguirse por su virtud». La fuerza a la que se refiere no alude únicamente al plano moral sino también al físico. Y que en esta época,

⁽⁴⁸⁾ *Speculum doctrinale*, libro I, col. 2.

⁽⁴⁹⁾ *Speculum doctrinale*, libro XII, cap. 173: «De homine et etatibus hominis».

⁽⁵⁰⁾ *De eruditione*, cap. 40, 16.

el hombre se caracteriza por su robustez, por sentir la vida como un continuo presente, como una actualidad constante en la que apenas hay lugar para la precariedad o caducidad.⁵¹ Solo su proclividad a un patente impulso sexual, aunque más moderado que en la adolescencia, y la persistencia de vicios como la ira y la soberbia afeaban un presente caracterizado por la fuerza y la plenitud física.⁵²

Conservar esas esperanzas y dirigir a buen puerto sus posibilidades son los propósitos de una empresa pedagógica que nuestro polígrafo cifró en dos frentes recurrentes: la reiterada conservación de la salud y la consolidación de la virtud moral. Para la inquieta cultura escolástica, no resultaba difícil justificar la salud como primera condición de la juventud. Era algo obvio, se trataba de asegurar la vida y sus posibilidades. Por eso Vicente dice, de acuerdo con Cicerón: «La incolumidad de la juventud consiste en la conservación segura y completa de la salud».⁵³ Y apoya esta exigencia en el uso y dominio de las llamadas *sex res non naturales* y, en concreto, en el uso pedagógico de la alimentación, del ejercicio físico y de la higiene.

Sobre la alimentación, Vicente mantuvo inicialmente una actitud vegetariana, fruto del influjo que recibió de los monjes cistercienses, para después apostar por una dieta equilibrada, en la que se incluía carne, pescado, vino y otros productos antes vedados.⁵⁴ Las únicas restricciones que contempló fueron las derivadas de la moderación, la prudencia y el deseo de mantener un peso equilibrado.⁵⁵ El peso es una cuestión importante que, con el apoyo de Avicena, cuida en extremo y sobre la que afirma: «Los cuerpos de los jóvenes cuando han llegado a su término aumentan en ellos los sobrantes y se precipitan sobre ellos las enfermedades a causa del hartazgo. El motivo es que en ese tiempo el alimento no se emplea en aumentar el cuerpo como antes».⁵⁶ El exceso de peso es un mal con el que no hay que contemporizar, sino que más bien hay que atajarlo «haciendo que adelgacen y soltando su vientre con purgas o laxantes».⁵⁷ A todo ello, «ayudará que tengan masajes»,⁵⁸ que «hagan un ejercicio moderado y habitual y que no se expongan mucho al calor del Sol. Es muy conveniente además que se bañen en agua templada, y en el verano en agua fría, dulce y suave»,⁵⁹ para poder mantener el equilibrio de su complexión caliente y seca.⁶⁰

⁽⁵¹⁾ *Speculum doctrinale*, libro XII, cap. 32.

⁽⁵²⁾ *Speculum doctrinale*, libro XV, cap. 173.

⁽⁵³⁾ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 85, col. 2358. CICERÓN, *De rethorica* I.

⁽⁵⁴⁾ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 64, cols. 2340-2341.

⁽⁵⁵⁾ *Speculum naturale*, libro XXXI, caps. 62-63, cols. 2339-2340.

⁽⁵⁶⁾ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 83, col. 2356.

⁽⁵⁷⁾ *Speculum doctrinale*, libro XII, cap. 32.

⁽⁵⁸⁾ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 64-65, col. 2341.

⁽⁵⁹⁾ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 83, col. 2356.

⁽⁶⁰⁾ *Speculum doctrinale*, libro XIII, cap. 14.

El segundo pilar pedagógico de la juventud es la constancia de la virtud moral. Vicente lo desarrolla en los capítulos 39 y 40 del *De eruditione*, que no se centran tanto en conseguir nuevas virtudes como en conservar, afianzar y aumentar si cabe la fortaleza de la madurez y evitar las actitudes y comportamientos pueriles. «Cuando por los peldaños de las edades anteriores [dice con autoridad] se ha llegado a la edad viril, entonces conviene cumplir lo que dice el Apóstol en I Corintios, 13, 11: “Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; cuando me hice adulto, abandoné las niñerías”». ⁶¹ Esta opción nos debe llevar a vivir con una actitud estoica, a no quejarnos sin causa y sobre todo a evitar tres males centrales de la puericia: «hablar sin premeditación, sin razonar y sin deliberar». ⁶²

No es fácil, en cualquier caso, mantener la fuerza moral y el equilibrio de la madurez. Hay dos actitudes que ayudarán especialmente a conseguirlo: el mirar al pasado y el afirmar el presente. Lo primero solo es útil si sirve para reflexionar sobre el tiempo perdido, sobre nuestras miserias, debilidades y actitudes negativas. ⁶³ Es entonces cuando debe llegar la humildad y el arrepentimiento sincero, el dar gracias a Dios por mantenernos en el ser y el firme agradecimiento a nuestros padres por darnos la vida y educarnos. Pero también es el momento de afirmar el presente, de recrear nuestras fuerzas no en las cosas hechas, no en los beneficios conseguidos o en las temporalidades de la vida, sino en lo que falta por hacer, en lo que aún nos queda por conseguir ⁶⁴ y, especialmente, en considerar el papel que la Providencia puede y debe desempeñar en ello. Con Miqueas, 6, 8 reafirma esta idea, al decir: «¡Oh hombre!, te indicaré lo que es bueno y lo que de ti pide el Señor: hacer justicia, amar la misericordia y andar pendiente de tu Dios». ⁶⁵

La vejez

A partir de los 50 años puede decirse que ya ha terminado lo que las fuentes medievales denominaron *pulcritudo* y que comienza la última etapa psicofísica de la vida: la vejez. Se puede considerar que es un período bastante uniforme, pero tiene matices diversos que llevaron a los escolásticos a distinguir en él dos momentos diferentes:

⁶¹ *De eruditione*, cap. xxxix, 13, 1.

⁶² *De eruditione*, cap. xxxix, 14, 1.

⁶³ *De eruditione*, cap. xl, 18, 1, BERNARDO, *In capite jejunii*, sermón II, 4: PL 183, 173C (818).

⁶⁴ *De eruditione*, cap. xl, 22, a. GREGORIO MAGNO, *Moralia*, xxii, 5, 10; 6, 12: PL 76, 218B (702), 219D-220A (703).

⁶⁵ *De eruditione*, cap. xl, 20, 6.

un primero, entre los 50 y 70 años, que constituiría propiamente la vejez y al que denominaron *gravitas*, *senectud*, *senes a senectute*, etc.; y un segundo, de los 70 años en adelante, al que ya se considera ancianidad, y al que igualmente aplicaron varios nombres, como *senes a senio*, *decrepita*, etc.

Vicente desarrolla la descripción y el análisis de esta etapa en tres partes muy concretas de su obra: en el capítulo 33 del libro XII del *Speculum doctrinale*, que se refiere a la naturaleza de la senectud; en los capítulos 87 a 89, del libro 31 del *Speculum naturale*, centrados en qué es la ancianidad, en sus inconveniencias y en sus remedios, y, finalmente, en el capítulo 41 del *De eruditione*, donde aborda la vertiente moral de esta fase.

Desde un enfoque global, puede decirse que nuestro dominico planteó la programación educativa de la vejez con el doble planteamiento psicofísico y pedagógico de etapas anteriores. Era muy consciente de que si había algo que caracterizase la senectud era el descenso de la virilidad, de la fuerza, de la robustez, de las posibilidades físicas y psíquicas, etc. Este descenso es progresivo e inexorable y demanda más cuidados de los que se precisaban, si cabe, en etapas anteriores. Cuidados que Vicente reivindicó, al afirmar con vehemencia: «Así como hay que luchar contra la enfermedad, también hay que luchar contra la vejez y tener en cuenta la salud».⁶⁶

Un desiderátum que abordó inicialmente copiando los cuidados de la medicina árabe. Con Halí, sostiene: «Puesto que la complexión de los viejos es caliente y húmeda, el anciano necesita regirse por un régimen cálido y húmedo. Debe habitar en un lugar en el que el aire no sea seco sino semejante al primaveral. Si su fuerza es débil, que vaya a caballo y disminuya el paseo. Quien sea más fuerte, que ande sin fatigarse. Báñese en agua dulce y caliente, y después de una hora descanse. A continuación coma alimentos calientes y húmedos, digestibles y que descendan pronto del estómago».⁶⁷

Después, y tras prohibir expresamente el coito por las fuerzas que extrae, resume con Avicena: «El régimen de los viejos consiste en hacer lo que caliente y humedezca por medio de los alimentos, de los baños, de las bebidas, del sueño abundante, de permanecer mucho en la cama, de provocar frecuentemente la orina, de la expulsión de la flema del estómago por los intestinos y la vejiga, para que les dure la materia ligera. A esas cosas ayuda mucho la friega moderada en cantidad y calidad con aceite. Después montar a caballo o un paseo».⁶⁸

⁶⁶ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 88, col. 2361, «De incommodis senectutis eius remediis».

⁶⁷ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 89, cols. 2361-2362, «De regimine illius aetatis».

⁶⁸ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 89, col. 2362, «De regimine illius aetatis».

Frente a este principio práctico, Vicente sitúa la importancia de la voluntad educativa, en un intento por dejar claro que no es la dimensión psicofísica, pese a su importancia, el elemento clave y determinante de la educación, sino el ejercicio de una voluntad dócil y presta que, aun en el ocaso de la vida y en el arroyo de una salud psicofísica debilitada, decide seguir aprendiendo. Estamos ante una actitud positiva y esperanzadora que refuerza con San Ambrosio, cuando afirma: «Ninguna edad es tardía para aprender. No hay que alabar la blancura de los años sino la de las costumbres»,⁶⁹ y con Séneca, con quien concluye: «Arrepiéntase la vejez de los años empleados en ocupaciones vanas. Hagamos lo que suele hacerse en los viajes: los que salimos más tarde démonos prisa para compensar con la velocidad el retraso, y ocupémonos de la gran obra de la vida sin la excusa de la edad».⁷⁰

Conclusión

Resulta evidente que la Baja Edad Media cultivó un naturalismo pedagógico que constituyó un referente para el mundo posterior. Al final de su vida, Beauvais abandonó este naturalismo para elaborar otras preocupaciones pedagógicas. El porqué de ello es una enmienda a la totalidad de su obra naturalista y surge de los sectores espiritualistas de su propia orden dominicana, la cual, en diferentes capítulos, generales llegó a prohibir el cultivo de las ciencias profanas. Estas prevenciones quizás supusieron un freno al cultivo de disciplinas profanas que hermanos como Alberto Magno, Tomás de Cantimpré y Vicente de Beauvais habían potenciado con brillantez y profundidad.

Referencias bibliográficas

Se recogen únicamente las fuentes primarias que han sido objeto de análisis y estudio. Se dejan de lado fuentes secundarias paralelas cuya referencia se recoge en el cuerpo del texto.

⁶⁹⁾ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 89, col. 2362, «De regimine illius aetatis». AMBROSIO, *Ad Valentinianum*.

⁷⁰⁾ *Speculum naturale*, libro XXXI, cap. 89, col. 2362, *De regimine illius aetatis*. SÉNECA, *De naturalibus questionibus*, libro 7.

AMERBACH, J. (Ed.). (1481). VINCENTIUS BELLOVACENSIS, *De eruditione filiorum regalium*. Basilea.

VINCENTIUS BELLOVACENSIS (1964, e.o. 1624). *Speculum naturale*, Edición fotomecánica de la edición duacense de 1624. Graz (Austria):Akademische Druck-u.Verlagsanstalt, vol. I.

VINCENTIUS BELLOVACENSIS (1964, e.o. 1624). *Speculum doctrinale*. Edición fotomecánica de la edición duacense de 1624. Graz (Austria):Akademische Druck-u.Verlagsanstalt, vol. II.

Dirección de contacto: Javier Vergara. Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Departamento de Historia de la Educación y Educación Comparada. Senda Del Rey, 7. 28040, Madrid, España. E-mail: fvergara@edu.uned.es